

BIBLIOTECA CENTRAL

## ELOGIO FÚNEBRE

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, PRONUNCIADO EN LAS  
SOLEMNES EXEQUIAS QUE, PRESIDIDAS POR S. M. EL REY  
D. ALFONSO XIII, CELEBRÓ LA REAL ACADEMIA  
ESPAÑOLA EN LA IGLESIA DE S. JERÓNIMO  
DE MADRID, EL 9 DE MAYO  
DE 1905,  
TERCER ANIVERSARIO SECULAR DE LA PUBLICACIÓN DEL QUIJOTE.



*Nos, cum nullo horum indigeremus habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris, maluimus mittere ad vos renovare fraternitatem.*

Nosotros, aunque de ninguna de esas cosas habemos menester, teniendo para nuestro consuelo los libros santos que están en nuestras manos, hemos querido invitaros á renovar con nosotros el pacto fraternal.

I, MAC. XII, 9, 10.

SEÑOR:

**S**INGULAR en extremo era la situación del pueblo de Israel entre las naciones del orbe. Ya vencido, ya vencedor; ya conquistando palmo á palmo la tierra prometida, ya reducido en extrañas regiones á duro cautiverio, conservaba siempre viva la conciencia de su alta misión, y jamás perdía la confianza en sus futuros destinos. Ni en la prosperidad ni en la desgracia caían de sus manos los Libros Santos, dictados por Dios y escritos por sus caudillos, sus profetas y sus monarcas. Ellos encerraban su historia, sus leyes, las promesas divinas en favor de aquella raza escogida; en ellos cifraba, por tanto, su orgullo, su consuelo y su dicha.

En graves angustias pusieron á los Macabeos las titánicas guerras que por la religión de Moisés y las patrias libertades se vieron obligados á sostener, con éxito no siempre feliz. Podían haber solicitado el auxilio de Roma ó de Esparta, con quienes años atrás habían contraído especial amistad. Pero lejos de eso, después de una afortunada campaña, enviaron embajadores á una y otra potencia, dirigiendo á la última este altivo mensaje: «Hace varios años que vuestro rey mandó una embajada á nuestro Sumo Sacerdote Onías, proponiéndole una alianza ofensiva y defensiva, *significabatur de societate et amicitia*. Pero nosotros, no necesitando de vuestra intervención armada, *cum nullo horum indigeremus*, porque nos basta y nos sobra con nuestros Libros Santos que hojemos de noche y de día, y son nuestro sostén y nuestra esperanza, *habentes solatio libros sanctos*, dejamos pasar algún tiempo sin contestaros; y hoy, por fin, os enviamos plenipotenciarios para reanudar con vosotros relaciones diplomáticas, *renovare fraternitatem et amicitiam*. . . . . *multa enim tempora transierunt, ex quo misistis ad nos.*»

Pecaría de profano, si pretendiera establecer un paralelo entre los libros inspirados y nuestros propios libros clásicos, aunque entre sus autores se cuenten Teresa de Jesús y los Luises de Granada y de León. Pero si en el Concilio de Trento, junto á la Biblia Sacrosanta se concedió un lugar de honor á la *Summa* de Tomás de Aquino; si es axioma aceptado entre los eruditos, que después del *Volumen* por excelencia, la

*Iliada* de Homero es el libro más sublime; si del *Quijote* ha dicho alguno que es una *obra divina, divinamente escrita*, ¿no me será dado apellidar *santos*, siquiera por un momento, los libros incomparables que forman nuestro orgullo, nuestra delicia y nuestro tesoro? El epíteto *santo*, tiene en latín un significado más lato que en castellano, y lo aplico á las lucubraciones de nuestros ingenios, en el sentido en que Cicerón llamaba *santo* hasta el nombre de un poeta: *sanctum poetae nomen*. Con esta explicación, no os escandalizaréis, si con los Macabeos de antaño, digo á nombre vuestro y de cuantos hablan como lengua materna el idioma de Castilla: por grandes que sean los infortunios que pesen sobre todo lo que es y ha sido español, no desmayarán nuestros ánimos, mientras no se nos caigan de las manos los libros venerandos, los libros *santos* que nos suministran eterno consuelo y nos infunden halagüeñas esperanzas.

Ellos encierran nuestra historia, ante la cual palidecen la del pueblo de que fué caudillo Moisés y las de los griegos y romanos. Ellos contienen las leyes que durante tantos siglos rigieron sabiamente dos mundos, é hicieron felices á millares de pueblos. Ellos ensalzan las glorias del Señor, que se sirvió de España para las más altas proezas que puedan consumarse por la mano del hombre. Ellos, en fin, dejan vislumbrar nuestras esperanzas, mostrándonos lo pasado como augurio de lo porvenir.

Tal vez os figuráis que voy á hablaros con preferen-

cia de nuestros legisladores, historiógrafos, filósofos y autores místicos. Así debiera ser, puesto que esta fúnebre solemnidad es para honrar á cuantos han cultivado las letras españolas, y orar por sus almas benditas. Pero en este año, en que todas las miradas se reconcentran en Miguel de Cervantes y en su obra inmortal, de Cervantes tan sólo y del *Quijote* es mi deber hablaros aun en este sagrado recinto. Voy, pues, á mostrároslo como el tipo perfecto del caballero cristiano y español, en su vida pública y privada. Procuraré en seguida haceros ver, aunque con pocos imperfectos rasgos, que se retrató á sí mismo en el venerando libro, de cuya aparición celebramos hoy el tercer aniversario secular.

Señores Académicos: aunque tan rico, no tiene el idioma castellano palabras con que expresaros mi inmensa gratitud, por haberme designado para elogiar á Cervantes á nombre vuestro en esta solemnísima festividad. El gozo que hoy experimento, puede apenas compararse con el que embargó mi alma agradecida, la vez primera que, todavía en la flor de la edad, me fué dado sentarme en vuestro gremio, y llamar colegas á insignes varones, que desde niño había admirado en sus escritos, y aprendido á venerar casi como divinidades. ¡Ojalá que entonces, cuando aún no me desdeñaban las musas y me alentaba la juventud, me hubierais dirigido la invitación con que ahora me honráis! Quizás habría correspondido mejor á vuestra confianza, y desempeñado menos imperfectamente mi ardua misión.

Hoy no puedo ofreceros sino las últimas llamas de un fuego que se extingue. Pero aun así, me considero dichoso con poder consagrar lo que me resta de mis antiguos bríos á las alabanzas de un ingenio, gloria, no sólo de las letras españolas, sino también de la Iglesia católica, á quien honró con sus altas virtudes y defendió con su valiente brazo. Quiera el divino Espíritu darme fuerzas para no desmayar en mi difícil empeño. Dignaos vosotros escucharme con vuestra acostumbrada benevolencia.

SEÑOR:

Mi corazón palpita de entusiasmo al veros presidir en persona esta ceremonia tan cristiana como española. No me arredra el tener que saludaros á orillas de una tumba, porque para el cristiano el sepulcro es la puerta de la inmortalidad y el símbolo de la resurrección. Vuestra augusta presencia me infunde alientos para hablar de glorias pasadas que á Vos, más que á ninguno pertenecen, y para señalaros en lontananza coronas y laureles que tenéis tiempo de ver revivir y refloreecer en el largo reinado que os espera.

## I

La historia de Miguel de Cervantes Saavedra es tan conocida, que aun en una asamblea menos docta estaría de más mencionar ciertas fechas y ciertos acontecimientos. Su solo nombre nos trae á la memoria la época gloriosa de Felipe II, las proezas de D. Juan de Austria y la inolvidable victoria de Lepanto. ¡Quién hubiera vivido en aquel siglo de fe y de valor! ¡Quién hubiera tenido la dicha inefable de verse alumbrado por esos fanales que contemplamos hoy sin aceite y sin fuego en la Real Armería, y que en la madrugada del 7 de Octubre de 1571, sirvieron de blanco y de guía á la galera que llevaba entre varios centenares de valientes á Miguel de Cervantes! ¡Quién pudiera, como él, preciarse de haber perdido una mano en aquella sangrienta refriega, y ostentar las heridas que él apellidaba luceros que debían guiar á los demás al cielo del pundonor!

Si nos es familiar su gigantesca figura combatiendo en Lepanto y en Túnez, no menos conocida es la historia de su cautiverio en Argel. Esas frecuentes tentativas de fuga, repetidas sin desmayar durante cinco años; esos castigos, esos tormentos, esos oprobios,

cada vez mayores y soportados cada vez con mayor constancia, si son rasgos de la vida de un héroe, bastarían también para llenar la vida de un santo. «En aquella lid reñida (dice uno de sus biógrafos) contra sus padecimientos incesantes de día y de noche, descolló Cervantes con un heroísmo más raro y más esclarecido por cierto que el del mero denuedo, el heroísmo del *aguante*.» No me satisface este elogio, señores Académicos, por lisonjero que parezca. Se me ha figurado siempre que, al encarecer las virtudes de los cautivos de aquella época, y la abnegación de los que por voto ó por afecto se consagraban á su redención, muy pocos se fijan en un heroísmo superior al del denuedo, y que deja muy atrás al del aguante. No sé cómo llamarlo. Permitidme que declare mi pensamiento con circunloquios y observaciones.

Si el ilustre Académico que hizo tan gran servicio á la Iglesia y al mundo literario con su *Historia de los Heterodoxos españoles*, quisiera escribir la de los renegados de España y de Italia, de Grecia y de Francia, haría con las sombras del interesante cuadro, resaltar el heroísmo de nuestro Cervantes y de otros muchos que supieron resistir á la *seducción*. El mostrarse insensibles á los tormentos y al tedio de una larga prisión, era poco para aquellos hombres de hierro que, fuesen hijodalgos sin tacha ó viles delincuentes, se juzgaban deshonorados para siempre, si cedían siquiera un momento al dolor físico. Pero se necesitaba una alma de acero para negarse á trocar las cadenas y la miseria

por los placeres, el poder y la fortuna, con que se brindaba al que consintiera en cambiar la cruz por el turbante. Renegados eran los mejores capitanes de Selim, los más altos funcionarios en Constantinopla, los más ricos mercaderes de Egipto y Argel, como lo era también el amo que tocó á Cervantes en su cautiverio. ¿No podía éste, con su gallarda figura, su robusta complexión, su bien probado valor y su preclaro ingenio, llegar á ser por lo menos otro *Luchali*? Aun hoy día, en que el Oriente ha perdido su prestigio y sus misteriosos encantos, fácil es encontrar en los ejércitos del Sultán jefes que han abandonado el cristianismo por obtener apenas un grado más elevado en la milicia. Qué tentación tan fuerte no debió ser entonces para el joven guerrero, que á pesar de sus altas prendas y honrosas cicatrices no había llegado siquiera á alférez en los tercios españoles, el salir de la mazmorra para tener riquezas y honores, libertad y placeres, y alcanzar, tal vez en breve tiempo, como uno de sus vencedores, el título de *capitán de los mares*.

Bien comprendían estos peligros los abnegados religiosos que se dedicaban á la redención de cautivos. A uno de ellos debió su libertad Miguel de Cervantes, quien regresó por fin á su hogar. Regresó, sí, ¿pero fué por ventura para pasar su vida en ocio, para recibir la recompensa de sus inestimables servicios y de su fidelidad á la religión y á la patria? No, señores: fué para seguir sirviendo en la campaña de las Azores en la misma humilde condición de soldado raso.

Quien no conozca los milagros que obra la Fe, no podrá comprender tamaño valor y tanta abnegación. No bastan á explicarlos el pundonor y el patriotismo. Se necesita la fe, esa fe que transporta montañas; esa fe que, como nos dice la Escritura, dió aliento á los santos del antiguo Testamento para conquistar reinos enteros, apoderarse de la tierra prometida, domar leones, embotar espadas, apagar incendios, arrasar fortalezas enemigas. *Per fidem vicerunt regna, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, castra verterunt exterorum*. La fe, dice San Pablo, movió á Moisés, al llegar á la juventud, á que renunciara á seguir pasando por hijo de la princesa, cuyo padre era nada menos que Faraón, prefiriendo sufrir con sus hermanos, á gozar de los bienes de los pecadores; y estimando en más que todos los tesoros de los egipcios la ignominia de Cristo. (*Heb.* XI, 25, 26, 33, 34).

He aquí la causa del arrojamiento de Cervantes y de su resistencia á los sufrimientos al par que á los halagos. He aquí pintada con vivos colores esa abnegación con que, olvidando su alto linaje y sin tener en cuenta sus preclaros méritos, se contentó toda la vida con la plaza de soldado raso ó algún empleo de ínfima categoría. Y si además de las causas sobrenaturales, buscamos otras razones de orden inferior, no nos será difícil encontrarlas.

Vosotros, mejor que nadie, señores Académicos, sabéis que la ambición no es la pasión favorita de los

amantes de las letras. Se les echa en cara la envidia, la vanidad, quizás otros defectos, pero jamás la codicia ni la sed de honores. Con tal que puedan consagrarse á sus estudios predilectos, poco les importa un grado más ó menos en la escala social; y antes que elevados puestos que los distraerían de sus tareas literarias, imponiéndoles deberes incompatibles, prefieren la dorada medianía, *auream mediocritatem*, tan ponderada por Horacio. A esto, más bien que á la ingratitud ó al olvido de los poderosos, creo deberse atribuir la modesta posición que conservó Cervantes hasta su muerte. Se ha observado, además, que el soldado raso de entonces, no equivalía á los gregarios de nuestros días. En aquellos tiempos, en que lo que hoy se llama *intendencia* ó administración era desconocido en los ejércitos, y en que la imperfección de los recién inventados mosquetes exigía en el tirador grande iniciativa personal, para obrar los prodigios que acostumbraba la infantería española, se requerían en todos y cada uno conocimientos especiales; y si de los romanos se dijo que eran un pueblo de reyes, ¿no podemos decir que los tercios de Castilla eran una legión de capitanes?

Esto no basta, sin embargo, á excusar el abandono en que se dejó á Cervantes en sus últimos años, y las inicuas persecuciones que más de una vez lo arrojaron á la cárcel. Pero de esta cárcel salió el *Quijote*, y bien podemos á este propósito entonar una vez más el *felix culpa* de la Iglesia.

No fué, por cierto, obra de la casualidad esa cadena de circunstancias y de acontecimientos al parecer triviales, que hicieron concebir á Cervantes y dar á luz su obra maestra. Sus perseguidores por una parte; por otra la funesta circulación de aquellos libros cuya destrucción meditó y empezó en su calabozo; por último, la envidia de sus émulos que le sirvió de estímulo á poner el coronamiento á su empresa grandiosa, no pueden considerarse como sucesos meramente fortuitos, y haríamos mal en ensañarnos contra los hombres ó las cosas que, sin saberlo ni quererlo, sirvieron de pedestal al más feliz de los ingenios.

Si no se mueve ni una hoja del árbol sin la voluntad de Dios, tampoco cruje una hoja de papel bajo la pluma del escritor, sin la intervención más ó menos directa de la Providencia. Lo que dice San Agustín de los malvados en general, puede aplicarse en particular á los autores de libros perversos. Permite el Señor que publiquen sus inicuas lucubraciones, ya sea para probar á sus escogidos, ya sea para dar ocasión de que salgan á luz obras insignes por ciencia y estilo, que hagan resaltar más y más la munificencia divina. *Omnis malus aut ideo vivit, ut corrigatur aut ideo vivit ut per illum bonus exerceatur.* (AUG. in Psalm. LIV).

Ahora bien: cuando el Señor suscita hombres eminentes que con largas y bien meditadas obras destruyan el error, ya sea combatiéndolo de frente, ya sea previniéndolo por medio de lucubraciones que fijen